

AL DESTINO

En inquietud ahógame el sosiego
tu secreto velándome, Destino,
no me dejes parar en mi camino,
sin inquirirte te obedezca ciego.
Ni hora me des de queja ni de ruego,
agújeme tu pica de contino,
y que en el mundo, insomne peregrino,
á costas lleve de mi hogar el fuego.
Quiero mi paz ganarme con la guerra,
conquistar quiero el sueño venturoso,
no me des ocio el que tu entraña encierra
de esclarecer enigma tenebroso,
y cuando al seno torne de la tierra,
haz que merezca el eternal reposo.

TRADUCCIONES

SOBRE EL MONTE MARIO

De Carducci

Se alzan solemnes sobre el monte Mario
en el claro aire quieto los cipreses,
cual corre mudo por los grises campos
miran al Tiber;

miran abajo, en el silencio á Roma
cómo se extiende, y cual pastor gigante
que vela á un gran rebaño, ven enfrente
surgir San Pedro.

De la colina aquí en la cumbre, amigos,
mezclad el vino, donde el sol se quiebre,
y sonreid, oh hermosas, que mañana
nos moriremos.

Lálage, intacto al oloroso bosque
deja el laurel que eternidad se arroga,
ó de tu negra cabellera adorno,
le ceda en brillo.

A mí entre el verso que preñado vuela
venga la alegre copa y de la rosa
la suave flor fugaz que al duro invierno
consuela y muere.

Moriremos mañana cual murieron
los que quisimos; pronto de las mentes,
de los afectos tenues sombras leves,
nos borraremos.

Moriremos, y siempre fatigosa
en torno al sol se volverá la tierra,
vidas, cual chispas, rociando á miles,
á cada instante,

de amores nuevos agitadas vidas,
y que se agiten para nuevas luchas,
y que del porvenir á nuevos númenes
canten los himnos.

Y oh no nacidos, á que irá la antorcha
que de la mano se nos va, vosotros,
también os perdereis en lo infinito,
radiosas tropas.

Adios, tú, madre de mi breve espíritu,
tierra, y del alma fugitiva! cuanto
en torno al sol has de llevar perenne
dolor y gloria!

hasta que bajo el ecuador rendida,
á las llamadas del calor que huye
la ajada prole una mujer tan solo
tenga y un hombre,

que erguidos entre trozos de montañas
en muertos bosques, lívidos, con ojos
vitreos te vean sobre inmenso hielo
oh sol, ponerte!

LA RETAMA

De Jacobo Leopardi

Aquí, en la árida falda
del formidable monte,
desolador Vesubio,
á quien ni árbol ni flor alguna alegran
tu cesped solitario en torno esparces
olorosa retama
contenta en los desiertos. Te ví antes
adornar con tus matas la campiña
que circunda la villa
que del mundo señora fué en un tiempo,
y del perdido imperio
parecen con su aspecto grave y triste
ofrecer fé y recuerdo al pasajero.
Vuelvo hoy á verte en este suelo, amante
de desiertos lugares de tristeza
de afligida fortuna siempre amiga.

— 331 —

Estos campos sembrados
de ceniza infecunda y recubiertos
de empedernida lava
que resuena so el paso al peregrino
en que anida y tomando el sol se enrosca
la sierpe, y donde vuelve
el conejo á su oscura madriguera
fueron cultas y alegres
ciudades y mies rubia, fueron eco
de mugir de rebaños,
palacios y jardines
para ocio de los ricos
grato refugio, y ciudades famosas
á las que fulminando por su boca
torrentes igneos el altivo monte
con su pueblo oprimió. Todo hoy en torno
una rüina envuelve
donde tú, flor hermosa, hallas tu asiento
y cual compadeciendo ajeno daño
mandas al cielo perfumado aroma
que al desierto consuela. A estas playas
venga aquel que acostumbra con elogio
ensalzar nuestro estado, verá como
natura en nuestra vida
amorosa se cuida. El poderío
en su justa medida
podrá estimar de la familia humana
á la que sin piedad, en un momento
su nodriza, con leve movimiento,
cuando menos lo espera, en parte anula

y con poco más puede en un instante
del todo deshacerla.
ved de la gente humana
pintada en esta playa
la suerte progresiva y soberana.

Mírate en este espejo,
siglo soberbio y loco,
que el camino marcado
de antiguo al pensamiento abandonaste,
y tus pasos volviendo,
tu retorno procura.
Tu inútil charla los ingenios todos
de cuya suerte el padre te hizo reina
adulan, mientras tanto
que tal vez en su pecho
hacen de tí ludibrio.
Con tal baldón no bajaré so tierra,
y bien fácil me fuera
imitarlos y adrede desbarrando
serte grato cantándote al oído!
Mas antes el desprecio que en mi pecho
para contigo guardo
mostraré le más claro que se pueda,
aunque sé que el olvido
cae sobre quien increpa á su edad propia.
De este mal que contigo
participo me río yo hasta ahora.
Soñando libertad, al par esclavo
quereis al pensamiento,
el solo que nos saca

de la barbarie en parte; y por quien solo
secrece en la cultura; él sólo guía
á lo mejor los públicos negocios.
La verdad te disgusta,
de ínfimo lugar y áspera suerte
que natura te dió. Por eso tornas
cobarde las espaldas á la lumbre
que nos la muestra, y, fugitivo, llamas
á quien la sigue, vil,
y tan sólo magnánimo
al que con propio escarnio ó de los otros
ó ya loco ó astuto redomado
exalta hasta la luna el mortal grado.

El hombre pobre y de su cuerpo enfermo
que tenga el alma generosa y grande,
ni se cree ni se llama
rico de oro ó gallardo,
ni de espléndida vida y de excelente
salud entre la gente
hace risible muestra;
mas de riqueza y de vigor mendigo
sin vergüenza aparece; así se llama
cuando habla francamente y á sus cosas
las estima en lo justo.
Nunca creí magnánimo
animal, sino necio
el que á morir viniendo á nuestro mundo,
y entre penas criado, aún exclama
«¡para el goce estoy hecho!»
y de fétido orgullo

páginas llena, gloria grande y nueva
felicidad que el pueblo mismo ignora,
no ya el orbe, en el mundo prometiendo
á pueblos que una onda
del mar turbado, un soplo
de aura maligna, un soterraño empuje,
de tal modo destruye, que memoria
de ellos apenas queda.
Índole noble aquella
que á alzar se atreve frente el común hado
ojos mortales, y con franca lengua
sin amenguar lo cierto,
confiesa el mal que nos fué dado en suerte;
estado bajo y triste!
la que arrogante y fuerte
se muestra en el sufrir, y ni odio ni ira
de hermanos los más graves
de los daños, agrega
á sus miserias, inculcando al hombre
de su dolor, sino que culpa á aquella
culpable de verdad, de los mortales
madre en el parto, en el querer madrasta.
A esta llama enemiga, y comprendiendo
que ha sido unida á ella
y ordenada con ella en un principio
la humana compañía,
los hombres todos cree confederados
entre sí, los abraza
con amor verdadero, les ofrece
y espera de ellos valerosa ayuda

en las angustias y el peligro alterno
de la guerra común. Y á las ofensas
de hombre armar la diestra, poner lazo
y ropiezo al vecino,
tan torpe juzga cual sería en campo
que el enemigo asedia, en el más rudo
empuje del asalto,
olvidando al contrario acerba lucha
emprender los amigos
sembrar la fuga y fulminar la espada
entre sí los guerreros.
Cuando tales doctrinas
vuelvan á ser patentes para el vulgo,
y aquel horror pristino
que ató á los hombres en social cadena
sabiduría vuelva á renovarlo,
el sencillo y honesto
comercio de las gentes,
la piedad, la justicia, raíz distinta
tendrán entonces, y no vanas fábulas
en que se funda la honradez del vulgo
cual en pie se sustenta
quien su cimiento en el error asienta.
Con frecuencia en la playa
desierta, que de luto
de lava el flujo endurecido viste
paso la noche viendo
sobre la triste landa
en el nítido azul del puro cielo
llamear de lo alto las estrellas

que á lo lejos refleja el oceano
y á chispazos brillar en torno todo
por la serena bóveda del mundo.
Cuando fijo mi vista en esas luces
que un punto nos parecen,
cuando son tan inmensas
que la tierra y el mar son á su lado
un punto, y á las cuales
no sólo el hombre, sino el globo mismo
donde nada es el hombre
ignotos son del todo, y cuando veo
sin fin, aún más remotos
los tejidos de estrellas
que niebla se nos muestran, y no el hombre
no ya la tierra, sino todo en uno
el número de moles infinito,
nuestro aureo sol, mientras estrellas todas
desconocen, ó bien les aparecen
como ellas á la tierra,
luz nebulosa; ante mí mente entonces
cómo te ostentas, prole
del hombre? Y recordando
tu estado terrenal, de que da muestra
este suelo que piso, y de otra parte
que tú fin y señora
te crees de todo, y que tantas veces
te agrada fantasear en este oscuro
grano de arena que llamamos Tierra
que los autores de las cosas todas
á conversar bajaron con los tuyos

por tu causa, y ensueños
ridículos y viejos renovando
insulta al sabio hasta la edad presente
que en saber y cultura
sobresalir parece; mortal prole
prole infeliz! ¿qué sentimiento entonces
me asalta el corazón para contigo?
No sé si risa ó si piedad abrigo.

Como manzana que al caer del arbol
cuando en el tardo otoño
la madurez tan sólo la derriba,
los dulces aposentos de hormiguero
cavado en mollar tierra
con gran labor, las obras,
las riquezas que había recojido
la asidua tropa con fatiga grande
próvidamente, en el estivo tiempo
magulla, rompe y cubre;
desplomándose así desde lo alto
del útero tonante,
lanzada al hondo cielo,
de cenizas, de pomez y de rocas
noche y ruina, llena
de hirvientes arroyuelos,
ó bien ya por la falda,
furioso entre la yerba,
de liquidadas masas
y de encendida arena y de metales
bajando inmenso golpe,
las ciudades que el mar allá en la extrema

costa bañaba, sume
rotas y recubiertas
al momento; donde hoy sobre ellas paca
la cabra, ó pueblos nuevos
surgen allí, cual de escabel teniendo
los sepultos; y los muros postrados
á su pié pisotea el monte duro.
No estima la natura
ni cuida más al hombre
que hace á la hormiga, y si en aquel más raro
el estrago es que en ésta
tan sólo esto se funda
en que no es una especie tan fecunda.

Mil ochocientos años
ha ya desaparecieron oprimidos
por el igneo poder aquellos pueblos,
y el campesino atento
al viñedo que en estos mismos campos
nutre el muerto terruño de ceniza
levanta aún la mirada
suspica á la cumbre
que inflexible y fatal hoy como siempre
tremenda se alza aún, aun amenaza
con la ruina á su hacienda y á sus hijos,
los pobres! ¡Cuántas veces
el infeliz yaciendo
de su pobre casucha sobre el techo
toda una noche, insomne al aura errante
ó á las veces brincando, explora el curso
del temido hervidero que se vierte

del inexhausto seno
á la arenosa loma, el cual alumbra
de Capri la marina
de Nápoles el puerto y Mergelina.
Si ve que se da prisa, si en el fondo
del doméstico pozo oye del agua
borbotar el hervor, á sus hijitos,
á su mujer despierta, y al instante
con cuanto puede de lo suyo huyendo
desde lejos contempla
su nido y el terruño
que del hambre les fué el único abrigo
presa de la onda ardiente
que crepitando se le viene encima
y sobre él para siempre se despliega!
Torna al celeste rayo
después de largo olvido la extinguida
Pompeya, cual sepulto
cadaver que de tierra
vuelve á luz la piedad ó la avaricia,
y á través de las filas
de truncadas columnas
el peregrino desde el yermo foro
lejos contempla las gemelas cumbres
y la cresta humeante
que aún amenaza á la esparcida ruina.
Y en el horror de la secreta noche
por los deformes templos,
por los circos vacíos, por las casas
en que esconde el murciélagos sus crias,

como rostro siniestro
que en desiertos palacios se revuelve
corre el fulgor de la funerea lava
que enrojece las sombras á lo lejos
y tiñe los lugares del contorno.

Así, ignara del hombre y de los siglos
que él llama antiguos, de la serie toda
de abuelos y de nietos,

Naturaleza, verde siempre, marcha
por tan largo camino
que inmovil nos parece.

El tiempo imperios en su sueño ahoga,
gentes é idiomas pasan; no lo ve ella
y en tanto el hombre eternidad se arroga.

Y tú, lenta retama,
que de olorosos bosques
adornas estos campos desolados,
también tú pronto á la cruel potencia
sucumbirás del soterraño fuego
que al lugar conocido retornando
sobre tus tiernas matas
su avaro borde extenderá. Rendida
al mortal peso, inclinarás entonces
tu inocente cabeza

Mas en vano hasta tanto no la doblas
con cobardía suplicando en frente
del futuro opresor;
ni tampoco la yergues
á las estrellas con absurdo orgullo
en el desierto, donde

nacimiento y vivienda,
no por querer, por suerte has alcanzado.
Eres más sabia y sana
que el hombre, en cuanto nunca tú has

[pensado

que inmortales tus tallos
se hayan hecho por ti ó por el hado.

REFLEXIONES

AL TENER QUE DEJAR UN LUGAR DE RETIRO

De Samuel Taylor Coleridge

Sermoni propria. —Horacio.

Nuestro lindo cortijo era muy bajó!
Subía hasta alcanzar á la ventana
la rosa más talluda. A media noche
podíamos oír en el silencio
y á la tarde, y al alba, en tono lánguido
el murmullo del mar. Al aire libre
nuestros mirtos abiertos florecían;
los jazmines espesos se abrazaban
á lo largo del porche, y el paisaje
verde y tupido refrescaba al ojo.
Era un rincón que merecía el nombre
de valle del Retiro! En él ví un día
(santificando en calma su domingo)
que divagaba un rico comerciante
ciudadano de Bristowa; fingime

que la sed de oro inútil le calmaba
con más cuerdo sentir, porque parose
á mirar registrando todo en torno
con tristor placentero, y su mirada
fijose en el cortijo, y que de nuevo
volvía á registrarlo y sollozaba
diciendo que era aquel lugar bendito;
y benditos quedamos. Con frecuencia
con oído paciente atento escucho
de la invisible alondra la alta nota
(invisible, ó tan sólo en un momento
feliz viendo brillar al sol sus alas)
y «tal»—digo yo entonces—«es el canto
que brota de la dicha sin estorbo...
no terrenal concierto! sólo oído
cuando á escuchar el alma se apercibe,
cuando todo se calla, y en nosotros
atiende el corazón!»

Pero, ay qué día
el que subí desde el profundo valle
al pedregoso cerro, con peligro
trepando hasta alcanzar el alta cima;
cuán divina la escena! Allí desnuda
de la montaña la imponente mole
moteada acá y allá con las ovejas,
las pardas nubes derramando sombra
en los campos de sol, en las riberas,
ya resguardadas por tupidas rocas,
ya que brillantes se entrelazan plenas
con las desnudas márgenes; cañadas,

las praderas, el bosque y la abadía,
y granjas de labor y lugarejos
y la indecisa aguja de la iglesia!
Aquí el Canal, las islas, blancas velas,
negras costas, colinas que semejan
ser de nube, océano sin orillas,
la omnipresencia en torno! Dios parece
que aquí se ha alzado un templo; el mundo
[entero

de su vasta extensión en el contorno
parecíame imagen en pintura!
Ningún deseo al corazón henchido
me profanaba impuro. Hora bendita!
era entonces un lujo la existencia!

Quieto cortijo! reposado valle!
monte sublime! ay, me fué preciso
abandonaros! ¿Era acaso justo
que mientras sangran y trabajan lejos
innúmeros hermanos, yo soñara
dejando trascurrir prestadas horas
sobre lechos de pétalos de rosa,
el corazón cobarde adormecido
con sentimientos de molicie inútil?
La lágrima caída de los ojos
de algún Howard, quedando en la mejilla
de aquel á quien levanta de la tierra,
dulce lágrima es; mas quien con rostro
impasible, algún bien me concediese
no más que á medias su servicio cumple,

porque él mientras me ayuda así me hiela,
mi bienhechor, de cierto, no mi hermano!
Mas aún tan frio hacer el bien merece
mis alabanzas, cada vez que pienso
en la legión de aquellos que se fingen
de haragana Piedad facil imagen;
que suspiran pensando en la miseria
pero evitan tocar al miserable,
en deliciosa soledad nutriendo
su delicada compasión, y en ella
alimentando al perezoso amor!
Me marchó, pues; voy á juntar en uno
el corazón, la mano y la cabeza,
me marchó activo y firme á la pelea,
á combatir en el combate incruento
de libertad, verdad y ciencia en Cristo!
¡Mas cuántas veces tras la honrosa brega,
cuando repose á descansar mi espíritu
y á soñar en amores que despiertan,
caro cortijo, á visitarte vaya!
Tu jazmín y la rosa que asomaba
en su tallo subiendo á la ventana,
los mirtos que sin miedo se mecían
en la brisa del mar tibia y serena.
suspiraré deseos, mansión dulce,
mejor que tú que no la tenga nadie,
y que una como tú todos posean!

LA VACA CIEGA

Del catalán, de Juan Maragall

En los troncos topando de cabeza,
hacia el agua avanzando vagarosa
del todo sola va la vaca. Es ciega.
De una pedrada harto certera un ojo
le ha desecho el boyero y en el otro
se le ha puesto una tela: es vaca ciega.
Va á abrevarse á la fuente á que solía
mas no, cual otras veces, con firmeza,
ni con sus compañeras, sino sola.
Sus hermanas por lomas y encañadas
por silencio de prados y riberas
hacen sonar la esquila mientras pastan
yerba fresca al azar, ella caería.
Topa de morro en la gastada pila,
afrentada se arredra, pero torna,
dobla frente al agua y bebe en calma.
Poco y casi sin sed; después levanta

al cielo, enorme, la testud cornuda
con gesto de tragedia, parpadea
sobre las muertas niñas y se vuelve
bajo el ardiente sol de lumbre huérfana,
por sendas que no olvida vacilando,
blandiendo en languidez la larga cola.

MIRAMAR

De Carducci

Oh Miramar, hacia tus blancas torres
atediadas so el plumizo cielo,
foscas, con vuelo de siniestras aves
vienen las nubes.

Oh Miramar, en contra tus granitos
grises del torvo piélago surgiendo,
con rebramido de almas angustiadas
baten las ondas.

Tristes, bajo las nubes, á los golfos
contemplan con sus torres las ciudades,
Muggia y Pirano y Egida y Parenzo
del mar joyeles.

Y las cóleras todas bramadoras
empuja el mar contra el bastión de escollos
donde te asomas á ambas vistas de Adria
roca de Habsburgo.

Y truena el mar en Nabresina, cabe
á la herrumbosa costa, y de relámpagos
coronada la frente alza en el fondo
Trieste á las nubes.

¡Cual sonreía todo en la mañana
dulce de Abril en que á la mar se hizo
el rubio Emperador y al lado suyo
la dama hermosa!

Irradiaba en su rostro placentera
la apostura imperial, y de su dama
los ojos arrogantes y ceruleos
sobre el mar iban.

¡Adiós, castillo para tiernos goces
nido de amores construído en vano,
otra aura á los esposos arrebatada
á yermos mares!

Esperanzados abandonan salas
historiadas de triunfos y sentencias
del Saber, al señor el Dante y Goethe
háblanle en vano

desde animados lienzos, una Esfinge
le atrae con vista móvil á las ondas;
cede, y á medio abrir deja allí el libro
• del Romancero.

Oh, no de amor y de ventura el canto
allá le acoja y sonos de guitarras
de los aztecas en la España; el aura
cuales lamentos

trae desde el triste cabo de Salvore
en el ronco quejido de las ondas?
canta los muertos vénetos, los hados
canta de Istría?

En hora mala á nuestro mar te metes
hijo de Habsburgo en la fatal *Novara*
las Furias van contigo á los vientos
las alas abren!

Mira á la Esfinge cual muda semblante
delante tuyo pérfida arredrando;
á tu mujer su rostro blanco arrima
Juana la Loca.

La segada cabeza de Antonieta
vé que te guiña, con podridos ojos
fijos en tí, vé la amarilla cara
de Moctezuma.

Entre bosques inmensos de magueyes
que ya benignas no mecen las brisas
en las tinieblas tropicales se alza
en su pirámide

el dios que llamas lívidas aspira
Huitzilipotli que tu sangre husmea
y el mar con la mirada navegando
aulla; ¡vente;

cuánto ha te espero .. La barberie blanca
quebrome el reino y destruyó mis templos;
vente, devota víctima, retoño
de Carlos Quinto!

No á tus viles abuelos por la podre
marchitos ó en furor regio abrazados,
te quería y te cojo á tí, de Habsburgo
flor rediviva!

Y de Guatimozín al alma heroica
que bajo el pabellón del Sol aún reina,
cual ofrenda te mando, oh puro y fuerte
Maximiliano!
